

La prostitución masculina homosexual: aproximación general

Oscar Guasch Andreu

Universidad de Barcelona

1.Introducción 2.Estigmas y prostitución 3.Oferta y demanda 4.El futuro de la prostitución masculina homosexual 5.Bibliografía

Introducción ¹

1

Este artículo presenta aspectos de una investigación en curso sobre prostitución masculina en España. El estudio analiza la prostitución masculina homo y heterosexual, pero este artículo trata tan solo la primera. Se trata de una investigación cualitativa realizada mediante técnicas biográficas y observación participante.

2

Existen decenas de definiciones de poder. Aquí se entiende por poder tanto la capacidad de definir situaciones sociales como la capacidad de influir incluso sin mandar.

Definir qué es prostitución resulta difícil. La prostitución es una actividad social y económica de límites imprecisos. Incluso el marxismo definió en su momento el matrimonio como un tipo de prostitución vitalicia. Por prostitución se entiende una relación social no altruista que intercambia servicios sexuales por dinero u otras formas de retribución. En ese sentido no existen diferencias entre prostitución masculina y prostitución femenina. En ambos casos a la hora de la relación sociosexual prima el interés económico sobre el afectivo. Pero no está claro qué es lo que hay que intercambiar para poder hablar de prostitución, porque en ocasiones quienes la piden no reciben sexo, sino otro tipo de servicios sociales (compañía, conversación, etc.). La prostitución es una relación de intercambio que implica actores que ocupan lugares distintos en la estructura social. Pero es un error establecer una relación directa entre prostitución y marginación. La mayoría de las veces tanto los clientes como las personas que ofrecen el servicio están alejadas de la periferia social.

Todas las relaciones sociales son relaciones de poder.² Hay relaciones definidas como horizontales (como la amistad o el amor) en las que el poder se hace invisible aunque sigue presente. Desde un punto de vista romántico se imaginan ciertas relaciones como igualitarias (cuando no lo son), y por eso resulta difícil asumir que el poder atraviesa transversalmente todas las relaciones humanas. Este artículo parte de ese supuesto teórico y analiza la prostitución como un tipo de relación so-

cial en la que sus protagonistas tienen desigual acceso a los recursos económicos y simbólicos, pero que se centra en el análisis de estos últimos.

El sexo entre personas es una relación social. La prostitución también lo es. Y desde este punto de vista debe analizarse. La prostitución debe estudiarse considerando qué variables la articulan. En el caso de la prostitución homosexual masculina (además de la clase social) influyen la edad, el género, y la orientación sexual. En este artículo se tienen en cuenta las tres últimas, y se parte de la convicción de que nada hay en la prostitución que haga de ella una actividad perversa (si exceptuamos la perspectiva moral con que suele ser contemplada).³ La prostitución es una actividad de intercambio que debe ser estudiada desde un punto de vista amoral. Y es que son razones morales (es decir: relativas) las que permiten afirmar que el trabajo manual dignifica al ser humano mientras que el trabajo sexual lo degrada. Este artículo analiza la prostitución masculina tomando como referente la *Declaración de Gijón*,⁴ y entiende que la prostitución es una actividad económica más, ni mejor ni peor que otras ocupaciones de la economía informal.⁵

Estigmas y prostitución

Toda prostitución se esconde, la masculina también. Pero esta última es, además, difícil de reconocer. Nuestra sociedad no ha previsto tal situación. No hay códigos ni normas culturales claras para describirla, ni valores específicos con que evaluarla. La prostitución masculina posee estigmas externos que la delatan, pero están menos elaborados que en otras prostituciones. Los códigos que permiten pensar la prostitución masculina dirigida a varones proceden casi exclusivamente de la subcultura gay, y no son compartidos por el conjunto de la sociedad. La prostitución es una situación social que se percibe midiendo el contexto, la actitud y la apariencia de quienes ofrecen el servicio. Estas tres variables cuadran bien en el caso de la prostitución femenina de manera que reconocer la actividad es relativamente sencillo. La prostitución masculina, en tanto que actividad socialmente proscrita, tiende a ocultarse. Si a ello se le añe-

3

Un ejemplo de análisis sobre prostitución masculina que parte de un punto de vista moral es el libro de Ballester y Gil (1996).

4

La Declaración de Gijón se efectúa en diciembre de 1999. Se trata de un manifiesto elaborado en el *I Encuentro de Organizaciones de Trabajo Sexual* que pretende el reconocimiento de la respetabilidad de los y las trabajadores sexuales como ciudadanos y ciudadanas dignos con iguales derechos y deberes que el resto de personas trabajadoras.

5

En ese sentido hay autores que defienden que la prostitución debe ser estudiada por la Sociología de las Profesiones y no por la Sociología de la Desviación. Esta es la idea que plantea Ignasi Pons en su Tesis de Doctorado (Pons 1991).

6

Reconocer la prostitución masculina ofertada a varones es patrimonio de una minoría. Incluso la policía parece encontrar problemas para distinguir esta actividad de otras. Dos de mis informantes que ejercen su actividad frente a una cafetería de Barcelona, fueron cacheados por la policía bajo la sospecha de ser vendedores de drogas. En ambos casos los agentes confundieron el ritual de hacer la carrera, con el intento de hacerse ver para vender droga. Por el contrario los clientes de una discoteca gay cercana, tienen muy claro el sentido de la presencia de esas personas en ese espacio y tiempo concreto.

7

«Las feministas usaban la prostitución como símbolo principal de la coacción sexual masculina [...] la prostitución apunta a una condición que se apodera de la mujer durante largo tiempo -posiblemente de por vida- y de la que es difícil escapar» (Dubois y Gordon 1989: 55).

8

El dinero mediatiza esta afirmación. El poder de un prostituto pobre respecto a un cliente rico es más bien escaso. Aquí se consideran solamente los recursos culturales de que disponen unos y otros para definir su interacción.

de que en nuestra sociedad no existen códigos culturales claros con que pensarla, el resultado es una actividad que pese a ser frecuente resulta socialmente invisible.⁶

La prostitución estigmatiza a quienes participan en ella. Pero en la prostitución homosexual masculina el cliente es quien resulta más afectado. Y es que no existe un discurso cultural sobre la «caída» del varón en la prostitución equiparable al elaborado por las feministas del siglo XIX sobre la «prostitución blanca»⁷ (y que luego desarrolla el feminismo conservador). El varón es socializado para practicar el sexo sin temerlo. En consecuencia, en la interpretación de la actividad de los prostitutas se manejan símbolos culturales menos contaminantes que cuando se evalúa la actividad de las prostitutas. Los estigmas sociales que genera la prostitución son menores cuando quien la ejerce es un varón. La prostitución masculina es simbólicamente menos contaminante que la prostitución femenina. Y es que en la prostitución masculina el poder (entendido como la capacidad para definir situaciones sociales) está del lado de quien ofrece el servicio.⁸ En nuestra sociedad existe una larga tradición cultural por la cual el orden social y el poder están del lado de quien penetra: del falo. Se trata de una dialéctica activo/pasivo que asocia pasividad a sumisión. En la imaginaria pornocultural (otra cosa son las prácticas reales) el prostituto penetra, no es penetrado. El prostituto en calidad de persona sexualmente activa se sitúa del lado de lo masculino (de lo hegemónico). Mientras que la prostituta rompe reglas sociales relativas a las mujeres, el prostituto se limita a cumplir los roles sociosexuales prescritos para el varón, y por ello el estigma que soporta es menor.

La prostituta es siempre la portadora del estigma, pero en la prostitución masculina el estigma recae a menudo en el cliente. Eso lo logra el prostituto de varios modos. A veces invoca una presunta o real heterosexualidad frente a la estigmatizada homosexualidad del cliente. En otras ocasiones emplea el valor añadido que le otorga su juventud en el mercado homosexual frente a la devaluada oferta sexual del cliente. El perfil de edad del cliente que acude a la prostitución masculina implica que su participación horizontal en el mercado sexual homosexual es difícil. El cliente tipo suele

ser un «carroza»⁹ y procede de cualquier estrato social. Su estatus socioeconómico define tanto la cantidad como la calidad de los servicios sexuales que solicita. La orientación sexual del cliente suele ser homosexual aunque también es frecuente que acudan a los prostitutos homosexuales casados a los que, quizás, hay que calificar de bisexuales.¹⁰ La clientela de la prostitución homosexual masculina en España es interclasista y preferentemente homosexual.¹¹

Oferta y demanda

Para analizar la prostitución masculina hay que entender cómo se organiza la demanda. Sin demanda no existiría prostitución. La demanda de prostitución masculina homosexual acontece en dos ámbitos diferenciados: el de los varones socializados en el universo gay, y el de quienes no lo están. En el segundo caso, la demanda se origina en personas con dificultades sociales para practicar su condición sexual y que quieren ejercerla sin complicaciones. Para los no socializados, es más cómodo y socialmente menos arriesgado pagar por una relación sexual vertical, que buscar una relación sexual democrática en los espacios de interacción homosexual. La relación estructurada en torno al dinero garantiza el anonimato y bloquea la afectividad: a diferencia de un amante ocasional, un prostituto no pide el teléfono o una segunda cita, ni se interesa por la vida de su partenaire. La demanda de prostitución masculina por parte de varones no socializados en la subcultura gay tiene que ver con la condena social de la homosexualidad.

Cuando la demanda nace de varones que pueden y saben acceder a los espacios de interacción gay, las dificultades sociales inherentes a la práctica de una conducta sexual disidente son compensadas por las oportunidades sociosexuales que ofrece la subcultura gay. Las señas de identidad de esta subcultura son imprescindibles para entender el origen de esta demanda. Se trata de un ámbito en el que el consumo de sexo está culturalmente prescrito y dónde se intercambian democráticamente orgasmos por orgasmos (Pollak 1987). En estos intercambios la juventud constituye un valor añadido, y quienes carecen de ella tienen dificultades para participar en los mismos. Es la difi-

9

Dentro del universo gay es frecuente la endogamia de edad. Existen ciertas horquillas de edad (que tienen que ver más con el aspecto físico exterior de la persona y con su apariencia que con su edad cronológica) dentro de las cuales las personas se relacionan preferentemente. Es difícil fijar una banda concreta, pero de manera muy general puede afirmarse que entre los 18 y los 30 años es cuando las relaciones sexuales horizontales (es decir, gratuitas) son más frecuentes. Entre los 30 y los 40 esa horizontalidad puede mantenerse o no, según los casos. Y de los 40 en adelante es cuando el uso de la prostitución empieza a producirse, si es que el varón desea relacionarse sexualmente con jóvenes. Jóvenes que, normalmente están entre los 18 y 30 años de edad. Más allá de los 30, en este universo, un varón ya es mayor para ejercer la prostitución (a no ser que ofrezca servicios especiales).

10

Consideración aparte merecen los clientes que desean ser penetrados por travestís. En estos momentos las casas de relax de prostitución masculina que funcionan mejor son las que ofrecen al mismo tiempo muchachos y travestís.

11

También son un caso especial los varones que alquilan a prostitutos para que forniquen con sus esposas. Es una forma indirecta de homosexualidad bien ilustrada por

la siguiente frase extraída de un anuncio de contactos: "Soy un cornudo: me gusta que se follen a mi mujer".

12

En ocasiones se afirma que la demanda de prostitución femenina tiene que ver con el deseo de realizar cierto tipo de prácticas sexuales percibidas como perversas. Esta situación es poco frecuente entre los varones socializados en el universo gay, donde el relativismo y la democracia sexual permiten que cualquier persona ejerza su sexualidad sin tapujos y que sea bastante sencillo encontrar a alguien con quien compartirla.

13

La población general emplea el término *chulo* para nombrar al varón que controla o vive de mujeres prostitutas, o bien para señalar despectivamente al varón que parasita la economía de una mujer, prostituta o no. *Chapero* es un término menos frecuente entre la población general y que está mejor definido en el universo homosexual. La caracterización y el uso que aquí se hace de ambos términos implica que se trata de *tipos ideales*, es decir: se trata de generalizaciones abstractas de carácter instrumental que no tienen consistencia real pero que definen una tendencia.

14

La rapidez con la que el chapero pacta y ejecuta la tarea sexual apalabrada es semejante a la de ciertas prostitutas cuando responden a la

cultad para participar horizontalmente en el mercado sexual la que genera demanda de relaciones sexuales verticales por parte de los varones socializados en la subcultura homosexual.¹²

El universo gay español distingue entre *chulos* y *chaperos*.¹³ Las diferencias entre una y otra categoría se organizan a partir de la calidad de la relación que establecen con la clientela. El servicio que ofrece el chapero implica una relación puntual y breve en la que el sexo es el objetivo principal.¹⁴ La oferta del *chulo* es más profesional y permite una relación más social que puede incluir la ficción (o realidad) de la afectividad y de la exclusividad sexual. El mayor grado de profesionalización del *chulo* le confiere un estatus más alto en el universo homosexual ya que ofrece un servicio más global y de mejor calidad. Mientras uno



y otro coinciden en edad,¹⁵ la formación,¹⁶ la presencia y la procedencia¹⁷ de uno y otro conforman los límites entre ambas categorías. La mayor profesionalidad del chulo permite (al menos discursivamente) que su oferta pueda dirigirse tanto a varones como a mujeres. El chaperero es un aficionado con una oferta mucho más específica. De todos modos, chulos y chapereros no se configuran como categorías cerradas. Existe una permeabilidad por la que un chaperero puede actuar como chulo y viceversa, si bien los requisitos de calidad necesaria para ejercer de chulo son más estrictos que para ejercer de chaperero. Otra diferencia entre ambas categorías, tiene que ver con el ámbito de actuación del prostituto y con la manera mediante la que se accede a él. El chaperero actúa preferentemente en la calle y en las instituciones homosexuales. El chulo tiene un espacio de acción más reglado: si al chaperero se accede de forma directa y personal, al chulo se accede a través de una red social que en la que la información circula mediante anuncios en prensa o en internet.

La prostitución masculina no es un estilo de vida fácil ni está exento de problemas. Tampoco es sencillo abandonar el círculo de la prostitución, y personas que se plantean la actividad como algo transitorio (como una fuente añadida de ingresos), han terminado ejerciéndola de manera continua, al menos mientras su oferta en el mercado sexual¹⁸ no se devalúa. La devaluación tiene que ver con la edad: no existe un paralelo de la *puta vieja* en la prostitución masculina homosexual.¹⁹ El abandono de la prostitución viene impuesto por la ausencia de demanda para ciertas edades. La prostitución masculina se convierte así en una actividad transitoria, que acaba por abandonarse como consecuencia de las restricciones que impone el mercado.

La vida profesional del prostituto aficionado debe caracterizarse como *discontinua*. Muchos aficionados definen su actividad como transitoria (“mientras necesite pasta”, “hasta que no me salga algo”) y a menudo se producen abandonos pasajeros, drásticas reducciones en la ocupación, o también incrementos de la misma. Pero las entradas y las salidas en la actividad son una característica de las biografías de los prostitutos aficionados. Los aficionados corresponden más bien al tipo ideal *chaperero*,

sexualidad compulsiva de sus clientes (Paula Medeiros 2000).

15

El límite para el ejercicio de la prostitución masculina dirigida a varones está en los 30 años. Esta es una afirmación arbitraria, puesto que más que de una cuestión de edad biológica, se trata de una cuestión de edad social. Es joven quien aparenta serlo. Los requisitos de juventud para los prostitutos que trabajan con mujeres son menores.

16

En palabras de un cliente: «con un chaperillo te acuestas en la sauna y ya está; con un chulo es diferente: te lo presentan en una fiesta, quedas con él, le invitas a cenar, le pasas unas rayas, lo presentas a tus amigos y sales con él una temporada». El «saber estar», pues, es un requisito imprescindible para ejercer de chulo, hasta el punto de que (como afirma un prostituto): «a mi incluso me dieron clases de etiqueta en la mesa [...] sobre como usar los cubiertos [...] y me decían que hay que secarse los labios con la servilleta antes y después de beber de la copa [...]».

17

Salvo raras excepciones los profesionales proceden de las clases bajas y medias de la sociedad, si bien hay que destacar la masiva presencia de emigrantes entre quienes ejercen en las instituciones gays. Buena parte de la prostitución que trabaja en las saunas homosexuales está

compuesta por inmigrantes portugueses, magrebíes, negros del África subsahariana, cubanos, y personas de los países del este. Los profesionales nativos tienen más facilidades sociales para ejercer de chulos que los inmigrantes.

18

La noción de mercado sexual la establece Pollak respecto a la homosexualidad masculina: «De todas las formas de la sexualidad, la homosexualidad masculina es, sin duda, la que tiene un funcionamiento que recuerda más la imagen de un mercado donde, en última instancia, no hay sino trueques de orgasmo por orgasmo» (Pollak 1987: 77). Es una definición restrictiva. El mercado sexual, como el matrimonial, está regido por un complejo entramado de normas preferenciales, prescriptivas y prohibitivas, que varían en función de la edad, el género y la clase social. No todas las personas acceden de igual modo a ese mercado sexual.

19

El prostituto maduro que trabaja con clientes varones debe reciclarse hacia los *servicios especiales* o bien abandonar su actividad, ya que existe muy poca demanda que pueda satisfacer. La variable juventud cuenta menos cuando la prostitución masculina se oferta a mujeres. La pretensión de muchas mujeres que buscan establecer tanto una relación social como sexual con el prostituto, implica una cierta madurez del prestador de servicios.

mientras que los profesionales se ajustan mejor al tipo *chulo*. La prostitución masculina es polimorfa y diversa. Sus profesionales también lo son. Y en estos momentos coexisten dos grandes tendencias tanto en la oferta como en la demanda. Está la demanda de quienes pueden y saben usar los recursos del universo gay, y la demanda de quienes no pueden o no saben hacerlo. Y está la oferta de quienes prestan unos servicios más profesionales (o chulos), y la de quienes prestan servicios más bien propios de aficionados (o chaperos). La interacción de estas cuatro variables (que son permeables y abiertas) caracteriza la prostitución masculina homosexual en España. Y si bien estas variables van a mantenerse en el futuro, es de esperar una tendencia cada vez mayor a la profesionalización.

El futuro de la prostitución masculina homosexual

Hacer una historia de la prostitución masculina en España es hacer la historia de su institucionalización. El proceso es similar a lo acontecido con la subcultura gay, que ha pasado de ubicarse en espacios abiertos al público general a centrarse en ámbitos de acceso restringido y cada vez más privados. El proceso de *institucionalización* de la prostitución masculina se inicia con la transición, sedimenta en los ochenta, y alcanza en los noventa su máxima expresión. De forma paralela a la institucionalización se produce una creciente especialización en la oferta que se corresponde con las transformaciones históricas que sufre la demanda. Del *chaperío de calle* se pasa al *relax* porque las nuevas generaciones homosexuales (los gays) exigen servicios de mejor calidad y de mayor seguridad.²⁰ La facilidad con que los varones homosexuales de las grandes ciudades pueden socializarse en la subcultura gay y acceder a sus recursos esta modificando seriamente la demanda. Como consecuencia de estas transformaciones, el futuro de la oferta de la prostitución masculina homosexual va a centrarse cada vez más en las instituciones homosexuales (ciertos bares, discotecas, y en especial las saunas gays) y también en los *relax*, produciéndose una progresiva disminución de la oferta de calle.²¹ También se espera un proceso de profesionalización de la oferta que limite la actividad de los aficionados a la calle y a los lugares de encuentro homosexual donde se les permita ejercer.

BIBLIOGRAFÍA

- Ballester, R. y Gil, Dolores M. (1996): **Prostitución masculina. Estudio psicosocial en nuestro contexto.** Valencia: Promolibro.
- Coleman, Eli (1989): «The development of male prostitution activity among gay and bisexual adolescents» en Gilbert Herdt (comp.) **Gay and Lesbian Youth** New York: Harrington Park Press
- Gauthier, C.(1989): **Entre père et fils: la prostitution homosexuelle des garçons** Paris: PUF.
- Goffman, E. (1981): **La presentación de la persona en la vida cotidiana** Buenos Aires: Amorrortu
- Goffman, E. (1983): **Estigma. La identidad deteriorada.** Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1972): **Internados** Buenos Aires: Amorrortu
- Henning, Jean L. (1978): **Les garçons de passe: enquête sur la prostitution masculine** Paris: Editions Libres
- Negre, Pere (1989): **La prostitución popular: relatos de vida** Barcelona: Caixa de Pensions.
- Nieto, Jose A. (1989): **Cultura y sociedad en las prácticas sexuales** Madrid: UNED/FUE
- Paula Medeiros, R. (2000): **Hablan las putas. Sobre prácticas sexuales, preservativos y sida en el mundo de la prostitución.** Barcelona: Virus.
- Perlongher, Nestor (1987): **O negocio do michê: a prostituição viril.** Sao Paulo: Brasiliense
- Pollak, M. (1987): «La homosexualidad masculina o ¿la felicidad en el gheto?» en: Philippe Aries **Sexualidades Occidentales.** Barcelona: Paidós Studio
- Pons, I. (1991): **La cara oculta de la luna. Condiciones de vida de las prostitutas en Asturias.** Tesis de Doctorado: Universidad de Barcelona
- Rossiaud, J.(1987): «Prostitución, sexualidad y sociedad en las ciudades francesas del siglo XV» en Philippe Aries **Sexualidades Occidentales** Barcelona: Paidós Studio

20

Uno de mis informantes compara “hacer un hotel o un domicilio” con las ventas a “puerta fría” en las que “nunca sabes a quien te vas a encontrar”. El informante aclara que “es un ejercicio rápido de psicología de ventas: en pocos instantes debes hacerle una idea de qué quiere el cliente, de cómo es, y de cómo quiere ser tratado”. Por su parte, uno de los clientes plantea la siguiente reflexión: “hay amigos míos a quienes les van los chaperos de las Ramblas. En el fondo les da morbo que además de foliarles les puedan dar el palo [...] yo siempre prefiero llamar a una agencia y que vengan a casa [...] y si hay alguna queja siempre sé donde ir a reclamar”.

21

Los procesos de institucionalización y de profesionalización de la prostitución masculina homosexual se parecen a los de la prostitución femenina, y también en esta última la que se ejerce en la calle es tan solo una mínima parte del total, si bien es la que está mejor categorizada socialmente. La prostitución de calle es la más visible y es también la más peligrosa para quienes la ejercen, ya que comparten espacio con otros colectivos (policías, padres de familia, cabezas rapadas) con los que deben negociar la interacción.

- Saiz, J. R. (1976): **Conversaciones con la Mary Loly: cuarenta años de prostitución en España** Barcelona: Editorial 29
- Santos-Cruz, F. I. (1984): **Prostitucao na cidade de Lisboa** Lisboa: Dom Quixote
- Welzer-Lang, D. (1994): **Prostitution: les uns et les autres**. París: Metaillié.